

DELINQUIR ESCRIBIENDO. ESCRITURAS INFAMANTES Y REPRESIÓN INQUISITORIAL EN LOS SIGLOS DE ORO¹

ANTONIO CASTILLO GÓMEZ
Universidad de Alcalá-SIECE

La palabra en los muros es una palabra impuesta por la voluntad de alguno, sitúese arriba o abajo, impuesta a la mirada de todos los demás que no pueden dejar de verla o de recibirla.

Italo Calvino²

1. Escrituras criminales

Cuando se estudia la represión ideológica y cultural llevada a cabo por la Inquisición hispana en la Edad Moderna, es muy común considerarla asociada a su faceta más llamativa: la condena, prohibición y persecución de libros, lecturas y, sobre todo a partir del siglo XVIII, también periódicos. No obstante, por mucho que este sea su lado más vistoso, dado el peso asignado a la cultura letrada en nuestra tradición, es evidente que la vigilancia de las opiniones y el acoso a la imaginación siempre ha ido bastante más allá de los límites establecidos por los libros e impresos de mayor enjundia conceptual y tipográfica, extendiéndose a otras expresiones más cotidianas, circunstanciales y hasta pasajeras de la palabra escrita y hablada, aunque aquí me ocupe básicamente de la primera.

En lo que concierne a la España moderna, la imposición de un determinado sistema de gobierno, una religión y un orden social se valió de una intensa maquinaria propagandística y de la consiguiente interdicción de cualquier manifestación -escrita, oral o visual- que no se atuviera a los fundamentos jurídicos y doctrinales de una sociedad tan cerrada y dogmática como lo era aquella. Por eso, los usos privilegiados de cierta libertad y los testimonios de toda clase de disidencia nos avisan de batallas individuales y de concretas situaciones de

¹ Este trabajo se inscribe en el marco del proyecto de investigación *Cultura escrita y espacio público en la ciudad hispánica del Siglo de Oro*, concedido por el Ministerio de Educación y Ciencia (HUM2005-07069-C05-03/HIST)

² Calvino, Italo: *La ciudad escrita: epígrafes y graffiti* (1980), en su libro: *Colección de arena*, Madrid, Siruela, 1998, p. 123.

trasgresión³, pero difícilmente pueden aducirse para suavizar el rigor del discurso represivo o para hacer que las excepciones se conviertan en norma. Valorar el rol desempeñado por las individualidades en el devenir de la historia y, en suma, las distintas posibilidades de la crítica y el disenso frente a lo impuesto, no debe excluir ni siquiera orillar el reconocimiento del carácter intolerante de un sistema político y religioso amparado en una doctrina racial y cristiana. Téngase en cuenta, según palabras de Teófanés Egido, que “si por tolerancia se entiende la convivencia pacífica y plural con el disidente y con las disidencias, el consentir ideas, doctrinas y posiciones dogmáticas desviadas de las ortodoxias dominantes no podía tener cabida ni aposento en aquellos universos mentales irreconciliables con lo que se consideraba error”⁴.

Puesto que en otros trabajos anteriores he planteado distintas aproximaciones a la temática y a la tipología de las principales muestras de la escritura expuesta, monumental o no⁵, esta vez quiero incidir en la argumentación dada al discurso prohibicionista e intolerante empleado respecto a buena parte de los libelos, pasquines y *graffiti* inscritos en el palimpsesto mural de las ciudades hispanas de los siglos XVI y XVII. No entraré, pues, en lo específico de cada acto de escritura sino en las razones alegadas para perseguirlas y decretar que fueran retiradas o borradas de los muros donde fueron exhibidas a la vista de todos, como se encargaban de recordar en cada edicto o expediente sobre el particular.

El delito perpetrado por dichas escrituras emanaba de la injuria, la blasfemia, la rebeldía o la disidencia declarada en ellas; mientras que su gravedad estaba directamente relacionada con el modo empleado para darles difusión, que tanto podía ser la fijación de un pasquín o libelo en cualquier pared como su distribución callejera o la ejecución de un *graffiti* normalmente a carboncillo. Verse infamado, criticado, calumniado o agredido en la fe, el poder o la honra de forma tan pública y manifiesta no era, desde luego, plato de buen gusto ni para las autoridades ni para los particulares aludidos. De ahí la calificación criminal imputada a dichos escritos según se refleja en la definición misma de la voz *libelo* en el *Tesoro de la lengua castellana o española* (1611) de Sebastián de

³ Peña Díaz, Manuel: *Normas y transgresiones. La cultura escrita en el Siglo de Oro*, en González Sánchez, Carlos Alberto y Vila Vilar, Enriqueta (comps.): *Grafías del imaginario. Representaciones culturales en España y América (siglos XVI-XVIII)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 120-139; y *Libros permitidos, lecturas prohibidas*, en: Franco Rubio, Gloria A. (coord.): *De mentalidades y formas culturales en la Edad Moderna*, Madrid, Universidad Complutense, 2002 (Cuadernos de Historia Moderna. Anejos, Anejo I), pp.85-101.

⁴ Egido, Teófanés: *Época moderna: de los confesionalismos a la tolerancia*, en: *La tolerancia en la historia*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2004, p. 67.

⁵ Castillo Gómez, Antonio: “*Amanecieron en todas la partes públicas...*”. *Un viaje al país de las denuncias*, en: Castillo Gómez, Antonio (comp.): *Escribir y leer en el siglo de Cervantes*, Barcelona, Gedisa, 1999, pp. 143-191; “Entre le public et le privé. Strategies de l'écrit dans l'Espagne du Siècle d'Or», *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 56 (2001), 4-5, pp. 803-829; “Cultura escrita y espacio público en el Siglo de Oro”, *Cuadernos del Minotauro*, 1 (junio 2005), pp. 33-50; y *Entre la pluma y la pared. Una historia social de la escritura en los Siglos de Oro*, Madrid, Akal, 2006, caps. VII y VIII.

Covarrubias: “Este crimen es muy grave, y assí se castiga con mucha severidad”⁶. Nótese que la palabra “crimen” designaba al “pecado grave”, “dize más que delicto” e igualmente al “que se comete contra Dios o contra el rey”. Así pues, lo dicho se ajustaba plenamente a la doctrina moral y jurídica de una forma de Estado que tuvo un ingrediente fundamental en la religión, capaz al tiempo de “guiar éticamente el trabajo político del príncipe, inculcar en él el sentido del deber y la diligencia obligatorios en el buen pastor, y dotarle con el don de la justicia cristiana”⁷. Estos eran a la postre los atributos de la “cristiana razón de Estado” sobre la que se cimentó la monarquía española durante aquellos tiempos.

Además de la consideración criminal de tales escritos, cuya gravedad llevó incluso a situarlos inmediatamente después del homicidio⁸, dichas normas establecían la retirada inmediata de pasquines y libelos al igual que el borrado de los textos pintados en las paredes, la investigación de los autores y, conocidos éstos, su consiguiente castigo, a menudo completado con la pena de excomunión. Así se contemplaba en las constituciones del Sínodo de Astorga de 1553, cuyo capítulo “De sententia excommunicationis” incluía la siguiente disposición sobre “Los que hazen libellos famosos”:

“Otrosí, ordenamos que qualquier o qualesquier personas que contra los clérigos compusieren o hizieren libellos famosos, o los mandaren componer, incurran por el mismo hecho en sententia de excomunión. Y esta mesma pena ayan los que los hallaren compuestos y no los rasgaren luego sin tardança”^{8 bis}.

Un proceder habitual que se corresponde con el acuerdo adoptado por el sínodo celebrado en la catedral de Lérida, a iniciativa del obispo y predicador real fray Pedro de Santiago, el día 29 de mayo de 1645, en lo tocante a la difusión, lectura y posesión de los libros -impresos y manuscritos- y libelos infamatorios publicados contra Felipe IV incitando al levantamiento de Cataluña:

“Que nadie lea ni oyga leer libros o papeles impressos o de mano que abonassen o persuadiessen el levantamiento de Cathaluña y que el que los tuviere nos lo entregue, sopena de escomunión.

Y porque con algunos libros que se han impresso, llenos de mentiras y doctrinas escandalosas y proposiciones erróneas, han procurado fomentar su levantamiento y justificar las causas dél, haviendo libellos infamatorios contra su Magestad (que Dios guarde), contra su Gobierno y Ministros, valiéndose de lugares de la Sagrada Escritura, esplicando con sentidos falsos y profanos [...]. Por

⁶ Covarrubias, Sebastián de: *Tesoro de la lengua castellana o española*, edición de Martín de Riquer, Barcelona, Alta Fulla, 2003, p. 764. Las citas de esta obra remiten siempre a la presente edición.

⁷ Fernández-Santamaría, José Antonio: *Razón de Estado y política en el pensamiento español del Barroco (1595-1640)*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1986, p. 76.

⁸ Al menos así se contemplaba en las *Constituições synodales do arcebispado de Braga, ordenadas no anno de 1639*, Lisboa, Miguel Deslandes, 1697, p. 649.

^{8 bis} García y García, Antonio (dir): *Synodicon Hispanum*, III, Astorga, León y Oviedo, Madrid, BAE, 1984, p. 219. Sínodo de Astorga de 1553, libro V, título VIII. Debo la noticia a Santiago Rodríguez Guillén.

tanto mandamos [...] que nadie tenga en su poder, ni lea, ni oyga leer libro ni papel alguno, aora sea de imprenta o de letra de mano, en que justifique, exhorte, amoneste, aconseje y anime el levantamiento de este Principado y a la continuación de la guerra, y que el que supiere de coro algunas cosas de estos libros o papeles no pueda relatarlas ni nadie oýrlas"⁹.

Tras el carácter infamante atribuido por lo común a muchos de dichos escritos estaba no sólo las afrentas personales, objeto primordial de los libelos famosos o de "vecinos"¹⁰, sino más bien el cerco levantado ante toda opinión que entrañara algún disenso político o religioso. De los tres factores formulados por Leo Löwenthal para explicar la reiteración de la quema de libros a lo largo de la historia, esto es, la voluntad de destruir o manipular la memoria, la purificación de la sociedad en términos raciales, ideológicos, religiosos o culturales, y la eliminación del sujeto considerado disidente¹¹; la primera y la segunda son las que más intervinieron en la prohibición de libelos, pasquines y *graffiti*. Por un lado, en algunas circunstancias, sobre todo cuando se trataba de escritos panfletarios, la criminalización y consiguiente retirada de las calles conllevaba el objetivo de construir una determinada memoria de los acontecimientos mediante el silencio de las voces discrepantes. Dicha lectura, desde luego, se desprende de las normas dictadas para prohibir la libre circulación de pasquines y libelos en los episodios de máxima conflictividad, y así puede deducirse, en el marco de la sublevación catalana contra Felipe IV, del acuerdo adoptado el 14 de julio de 1640 por la Junta de Ejecución de Aragón para impedir la difusión de manifiestos y panfletos sediciosos, a la vez que se nombró una comisión especial encargada de examinar e informar sobre los que estaban circulando¹². Por otro lado, la persecución de los escritos callejeros que cuestionaban los despilfarros de la Monarquía, los abusos de los gobernantes, la injusticia de determinados impuestos, el comportamiento de las autoridades eclesiásticas, la hipocresía moral o la intolerancia religiosa y cultural respondía al propósito claro de higienizar la sociedad tratando de adecuarla a la ideología y moral impuestas.

⁹ *Constituciones Synodales del obispado de Lérida. Hechas en el Synodo que ha celebrado en la Cathedral, en 29 de mayo de 1645 Año, el Illustrissimo y Reverendissimo Señor Don F. Pedro de Santiago, su Obispo y predicador de su Magestad, Lérida, 1645*, fol. 13. Cfr. Agustí, Alfred: *Llengua i Església a la Lleida del XVI al XVIII*, Lérida, Universidad de Lleida, Servicio de Publicaciones, 1995, p. 92.

¹⁰ Bouza, Fernando: *Corre manuscrito. Una historia cultural del Siglo de Oro*, Madrid, Marcial Pons, 2001, pp. 113-125.

¹¹ Löwenthal, Leo: *I roghi dei libri. L'eredità di Caliban*, Génova, Il Melangolo, 1991 (ed. original alemana, 1984). Véase también Gimeno Blay, Francisco M.: *Quemar libros.... ¡qué extraño placer!*, Valencia, Universitat de València, Seminari Internacional d'Estudis sobre la Cultura Escrita, 2001 (Arché, 8).

¹² Archivo de la Corona de Aragón, Barcelona, Consejo de Aragón, Leg. 287, n° 24. Cfr. Elliott, John H.: *La rebelión de los catalanes. Un estudio sobre la decadencia de España (1598-1640)* [1963], Madrid, Siglo XXI, 1977, p. 417.



Fig. 1. Estatua romana de Pasquino, situada en la plaza del mismo nombre. Roma.

2. Lenguaje, ámbitos y formas de difusión

Aunque el pasquín y el libelo admiten algunas matizaciones respecto a su contenido y materialidad pues los primeros inicialmente eran composiciones poéticas de tono satírico y a menudo obsceno, la práctica cotidiana tendía a equiparlos^{12 bis}. Covarrubias lo hace al señalar que los primeros tomaban su nombre

^{12 bis} Niccoli, Ottavia: *Rinascimento anticlericale. Infamia, propaganda e satira in Italia tra Quattro e Cinquecento*, Roma-Bari, Laterza, 2005, pp. 36-37.

de la estatua donde el artesano romano Pasquino acostumbró a poner sátiras criticando a la Iglesia y a la aristocracia [fig. 1], ya que allí solían colgarse “libelos infamatorios; de donde vino llamar pasquines los tales libelos”; añadiendo que dichos mensajes lo eran “en perjuicio de personas particulares y de los que gobiernan y administran la justicia”. Igualmente, al ocuparse del *libelo*, vuelve a cargar las tintas sobre su carácter infamante y precisa que se trata de escritos “que sin autor se publican, o fixándolos en columnas y esquinas de lugares públicos o esparciéndolos por las calles y lugares públicos”. En cuanto a los *graffiti*, el término más próximo contemplado en el *Tesoro es rétulo* (o *rótulo*), una de cuyas acepciones designaba la “vanda ancha en que se escribe algún epitafio o otra cosa”. El mismo vocablo lo empleó también el jesuita Martín de la Naja en su relato de las andanzas misioneras del padre Jerónimo López, en particular al evocar sus predicaciones por la diócesis de Teruel (1620):

“Asiendo misión en la diócesis de Teruel, se llegó a confessar con él un ombre, y discuriendo por los Mandamientos, en llegando al segundo, que dize, «no jurarás», dixo: «aquí, gracias a Dios, no tengo de qué acusarme, porque después acá que leí esse rótulo, que se ve escrito en las esquinas de las calles, me e refrenado, de manera que no me acuerdo de aver jurado jamás desde entonces»”¹³.

Más adelante, en 1651, el *misionero perfecto* se desplazó a Valencia, llamado por el arzobispo Pedro de Urbina y Montoya, para predicar en la ciudad, Universidad y cárceles. Nada más llegar se encontró de nuevo con una sucesión de “palabras y cosas obscenas y lascivas, perpetuo despertador e incentivo de pensamientos feos”, que estaban “escritas y aún pintadas en las paredes, puertas y azaguanes de muchas casas, calles y plaças de la ciudad,”¹⁴. Prácticamente lo mismo le sucedió dos años después en Salamanca, donde, al decir de su biógrafo, “desterráronse por medio de esta misión algunos abusos, borráronse las palabras lascivas y escandalosas que se suelen escribir en las paredes y puertas, y son ocasión de tantos pecados”¹⁵. Si en estos testimonios el modo de designar esas escrituras murales aludía principalmente al mensaje deshonesto y blasfemo, otras veces se hizo hincapié en la técnica empleada, normalmente la escritura manual a carboncillo: “Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan de Yuste”, decía uno inscrito en una pared de Coyoacán según anotó Cortés en su tercera *carta relatoria*, datada en dicho lugar el 15 de marzo de 1522¹⁶. O incluso, con un trozo de ladrillo, caso

¹³ Naja, Martín de la: *El misionero perfecto: deducido de la vida, virtudes, predicación y misiones del...padre Gerónimo López, de la Compañía de Jesús*, Zaragoza, Pascual Bueno, 1678, p. 260.

¹⁴ *Ibidem*, p. 276.

¹⁵ *Ibidem*, p. 299.

¹⁶ Cortés, Hernán: *Cartas de relación*, edición de Ángel Delgado Gómez, Madrid, Castalia, 1993, p. 337. Por supuesto no me olvido de los mote en prosa y verso, a modo de pasquines y libelos, que le zaherían cada mañana al despertarse en su palacio como tampoco de las respuestas dadas por el propio Cortés, unos y otras referidos por el cronista Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (1568). Cfr. Castillo Gómez, Antonio: «*Amanecieron en todas las partes públicas...*», *art. cit.*, pp. 169, 181-182.

del que llevaba en la faltriquera el conde de Salinas y con el escribió, en 1561, en una pared de una de las salas del Palacio Real, indignado por las continuas veces en que fue convocado y despedido por Felipe II, al parecer ocupado siempre en asuntos de mayor trascendencia, el siguiente texto:

“Donde no hay verdad, no hay razón;
donde no hay razón, no hay consejo;
donde no hay consejo, no hay justicia;
donde no hay justicia, no hay rey”¹⁷.

Tanto las anteriores menciones a estas modalidades de escritura como otras que pueden hallarse en los relatos de viajes y en la literatura de avisos es muy normal que incidan en el carácter comúnmente anónimo de las mismas; de ahí que en el curso de los expedientes abiertos por la fijación o distribución de pasquines y libelos, ya que de los *graffiti* las noticias son siempre más escasas, fuera habitual el desarrollo de una pericia caligráfica con el propósito de desvelar la identidad del infamante¹⁸. Así, con motivo del proceso incoado por la Inquisición de Granada a raíz de la colocación, en las casas del cabildo de dicha ciudad, de un libelo contra la virginidad de María el jueves santo 4 de abril de 1640, una de las pruebas efectuadas consistió en el cotejo de la grafía de dicho libelo con la de otro similar aparecido por las mismas fechas en Santiago de Compostela, llegándose a la conclusión de que “en nada es semejante la letra a la del que se puso en esta ciudad”¹⁹.

Por otro lado, también es normal que se recalque la vía de difusión empleada, bien fuera la fijación en columnas, esquinas, paredes y puertas o arrojándolos a las calles a la manera de esos “papeles rotos” a los que tan aficionado lector era el mismo Cervantes²⁰. En este sentido, las causas judiciales por la publicación de libelos infamantes suelen hacerse eco de que éstos se habían “oído divulgar” o se divulgaban y mostraban a distintas personas, como se apunta

¹⁷ Archivo de Medina Sidonia, Sanlúcar de Barrameda (Cádiz), Leg. 4348. Cfr. Álvarez de Toledo, Luisa Isabel: *Alonso Pérez de Guzmán, general de “La Invencible”*, Cádiz, Universidad de Cádiz, Servicio de Publicaciones, 1994, vol. II, p. 184. Otros testimonios de *graffiti* en Bouza Álvarez, Fernando: “Espacios del manuscrito en la Europa altomoderna”, en Ventura, María de Graça Mateus (coord.): *Os espaços de sociabilidade na Ibéro-América (sécs. XVI-XIX)*. Lisboa, Edições Colibri; Instituto de Cultura Ibero-Atlántica, 2004, pp. 194-195.

¹⁸ Aunque referidos a Italia, en relación con este asunto pueden verse los trabajos de Evangelisti, Claudia: “«Libelli famosi»: processi per scritte infamanti nella Bologna di fine ‘500”, *Annali della Fondazione Luigi Einaudi*, XXVI (1992), pp. 181-239; y “«Accepto calamo, manu propria scripsit». Prove e perizie grafiche nella Bologna di fine Cinquecento”, *Scrittura e civiltà*, XIX (1995), pp. 251-275.

¹⁹ Archivo Histórico Nacional, Madrid [AHN], Inquisición, Leg. 2628, exp. 75, Granada, 31 de julio de 1640.

²⁰ Castillo Gómez, Antonio: “«Aunque sean los papeles rotos de las calles”. Cultura escrita y sociedad en el *Quijote*”, *Revista de Educación*, Número extraordinario (2004), *El Quijote y la educación*, pp. 67-76.

en la acusación formulada por dicho delito contra el corredor y tratante Cristóbal Liranzo, vecino de México²¹. Es notorio que numerosos pasquines corrieron de mano en mano en copias manuscritas e impresas, e igualmente que solían leerse en alto y hasta memorizarse, incrementando así su incidencia social, máxime si el mensaje contenía alguna crítica contra la religión y el poder o sus respectivas instituciones y autoridades. La Inquisición, por ello, promulgaba en cada caso el correspondiente edicto con el fin de perseguir a los autores y de recoger los libelos, según revela, por ejemplo, el expediente contra el afamado Guillén de Lamporte²².

Resultado de ello era un público tan vasto e indeterminado como el que integraban los transeúntes de la ciudad y los corrillos que se formaban en plazas y esquinas, algo muy distinto a la recepción alcanzada por aquellos textos cuya distribución seguía canales más restringidos o sólo frecuentados por las minorías letradas. Dicha circunstancia aumentaba la gravedad de la infamia, la disidencia o la blasfemia, de suerte que la forma de circulación callejera fue uno de los factores que más pesaron a la hora de censurar y condenar dichos escritos. En otro de los procesos instruidos por la Inquisición de Nueva España, concretamente el que concernía a Gabriel de Arrieta, maestresala del obispo de Puebla, acusado por la divulgación de ciertos libelos contrarios al Santo Oficio, se señala expresamente que "lo que más agravaba su delito es que, con señales de gran regozijo, andubo en la dicha ciudad de los Ángeles publicando los dichos libelos por las plazas y portales de mercaderes, ofreciendo traslados de ellos a todas las personas que se los pedían, diciéndoles que ya los inquisidores no podían conocer de las causas criminales de los familiares sino que los habían de remitir a la justicia seglar"²³.

Volviendo al citado episodio granadino, el edicto promulgado el día 7 de abril por los inquisidores de dicho distrito, que fue leído y publicado en la Catedral, iglesias y monasterios de la ciudad de Granada para que todo aquel que supiera, entendiera, hubiere oído o tuviese algún indicio sobre el particular lo notificara a los ministros del citado tribunal bajo pena de excomunión [fig. 2], tenía por objeto dar a conocer:

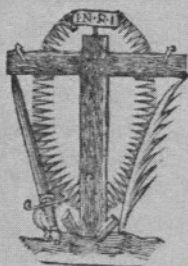
"[...] que en el dicho Santo Oficio se procede a la averiguación y castigo de la persona o personas que han sido culpadas en aver escrito y fixado o hecho escribir y fixar, en algunas partes públicas de esta ciudad, ciertos carteles el Lueves Santo próximo passado en la noche contra la virginidad y pureza de la Virgen Santíssima María nuestra Señora, con palabras blasfemas, heréticas, impías y sacrílegas, y aclamando la muerta y caduca ley de Moysén y menospreciando la verdadera de nuestro redentor Iesu Christo"²⁴.

²¹ Archivo General de la Nación, México [AGN], Inquisición, vol. 267, exp. 14, año 1602, fol. 64r.

²² AHN, Inquisición, Leg. 1729 (1), exp. 5, fol. 144.

²³ AGN, Inquisición, vol. 463, exp. 1, año 1602, fol. 25v.

²⁴ AHN, Inquisición, Leg. 2628, exp. 26.



OS Los Inquisidores contra la heretica prauedad y

apostasia, por autoridad Apostolica en el Santo Oficio de la Inquisicion de la Ciudad y Reyno de Granada, y su distrito, &c. Hazemos saber a todas y qualesquier personas de qualquier estado y condicion que sean, Ecclesiasticas y seglares regulares y essentas, que en el dicho Santo Oficio se procede a la ueriguacion y castigo de la persona, o personas que han sido culpadas en azer eicento, y fixado, o hecho escrivir y fixar en algunas partes publicas della Ciudad ciertos carteles el lueves Santo proximo pasado en la noche, contra la Virginitad y Pureza de la Virgen SANTISSIMA MARIA nuestra Señora, cõ palabras blasfemas, e inuensas, e impias, y sacrilegas, y aclamando la muerta y caduca ley de Moyses, y menoscabando la verdadera de nuestro Redentor Iesu Christo. Y por que a su exaltacion conuiente que tan grave delito, tan en ofensa de nuestro Señor, y de la verdadera Ley, y en escandalo y desconfuelo del pueblo Christiano, no quede sin castigo, os exortamos, y mandamos a cada una de las personas que supierdes, o entendierdes, o vuerdeses oydo dezir, o tuvierdes algun indicio para sospechar quien el taluio, o puso los dichos carteles, o quien les dio consejo, o ayuda para ello, que dentro de segundo dia de como estas nuestras letras fueren publicadas, o que de la publicacion tuvierdes noticia en qualquier manera, que os damos y asignamos por tales Canonicas moniciones, plazo y termino perentorio, parezcais a lo declarar y manifestar ante Nos, o qualquier de Nos, o ante qualquiera de nuestros Comisarios: y el dicho termino pasado no lo aniendo cumplido, desde agora para entõces ponemos y pronunciamos en vos y en cada vno de vos, la dicha sentencia de excomunion mayor. Y os apercibimos que os abremos por hechores y perpetradores del dicho delito, y por farsantes y encubridores de hereges, y como a tales procederemos contra vos. Y por que es justo que la persona que hiziere tan gran seruiçio a la santa Iglesia, y al dicho Santo Oficio, como descubrir y manifestar a los culpados en el dicho delito, tenga y goze por ello de algun premio temporal, demas del q' auer de Dios nuestro Señor por las presentes promettimos, ofrecemos y alleguamos quinientos ducados que se le pagaran luego a la persona que primero ante Nos, o ante qualquier de Nos, manifestare la persona o personas que vuerdeses culpadas en el dicho delito. Y para que venga a noticia de todos, y ninguno pueda pretender ignorancia, mandamos que estas nuestras letras se lean y publiquen en las Iglesias Cathedral y parroquiales, y de los Monasterios della ciudad, el primero dia de heita en la Misa mayor a tiempo del Ofertorio, o en otro mas acomodado, y que vn tanto dellas se fize a las puertas de las dichas Iglesias, y en los lugares mas publicos della Ciudad donde suele auer mas concurso de gente, las quales ninguna persona sea osada de quitar, so las mismas penas. Dada en Granada a siete dias del mes de Abril, de mil y seiscientos y quarenta años.

Fig. 2. Edicto de la Inquisición de Granada en relación al libelo infamante contra la virginidad de María y a favor de la ley de Moisés. Granada, 7 de abril de 1640.

AHN. Inquisición, leg. 2628, exp. 26.

3. Disidencia religiosa, represión y escarnio público

Debido a la naturaleza esencialmente teocrática de la monarquía hispana, los libelos, pasquines y *graffiti* insultantes hacia la fe católica fueron objeto de especial vigilancia, represión y castigo. Frente a la blasfemia, la herejía, la impiedad y el sacrilegio, la razón cristiana de Estado requería actuar con la máxima severidad y extirpar el mal infringido por dichas ofensas con el fin de restaurar el orden quebrantado. Antes recordaba el caso de las pintadas lascivas y escandalosas que parecían perseguir al padre Jerónimo López allí donde éste llegaba a predicar. Cuando así acontecía, el sermón de esas jornadas tenía por asunto la exhortación a los fieles y, en especial, a las elites urbanas para que cancelaran dichas pintadas, amenazando que en caso de no hacerlo él mismo procedería a ello, “discurriendo por las calles, con una olla de cal mezclada con agua, borrando estas fealdades abominables con una escobilla”²⁵.

Entre los numerosos expedientes inquisitoriales que pueden traer a colación con idéntico propósito quisiera retomar algunos aspectos de la violenta reacción antijudía desencadenada por la publicación del susodicho libelo granadino “contra la virginidad y pureza de la Virgen Santísima María, Nuestra Señora, con palabras blasfemas, heréticas, impías y sacrílegas, y aclamando la muerta y caduca ley de Moysés, y menospreciando la verdadera de nuestro Redentor Iesu Christo”²⁶, cuyo eco alcanzó a numerosas ciudades andaluzas, entre ellas Málaga, Jérez de la Frontera, Cádiz, Puerto de Santa María, Écija y Sevilla. Si bien el episodio ha merecido el interés de algunos historiadores por su significación en cuanto al problema converso, en especial Juan Ignacio Pulido, quien lo ha estudiado sobradamente desde esta perspectiva²⁷, vale la pena incidir en determinados puntos relacionados con los límites establecidos a la expresión pública de la disidencia religiosa.

Por eso, antes de seguir, parece oportuno transcribir el texto del libelo a partir de la copia extendida por el escribano Mateo Ruiz de Rojas, que según este “concuerta con el orjinal que queda en la cámara del secreto del Santo Oficio”, de modo que todas las irregularidades y errores ortográficos que pueden apreciarse debemos suponer que estaban en el original, perdido o al menos no insertado en la correspondencia entre los ministros de distrito y el Consejo de la Suprema que da cuenta del mismo:

“Aunqu[e] más Trufo [Triunfo] lebantes a Mar[i]a es plublyca puta de mansebía, ciudad maldita quien te dió este albritio de[s]te Triunfo desta sucia de María, iogare que no aya hermanos que la sirban, biba la ley d[e] Muizes

²⁵ Naja, Martín de la: *El misionero perfecto*, op. cit., p. 276. Castillo Gómez, Antonio: *Entre la pluma y la pared...*, op. cit., pp. 227-228.

²⁶ AHN, Inquisición, Leg. 2628, exp. 26 Granada, 7 de abril de 1640.

²⁷ Pulido, Juan Ignacio: “La fe desatada en devoción: proyección pública de la Inquisición en Granada (1640)”, *Torre de los Lujanes*, 40 (1999), pp. 95-108.

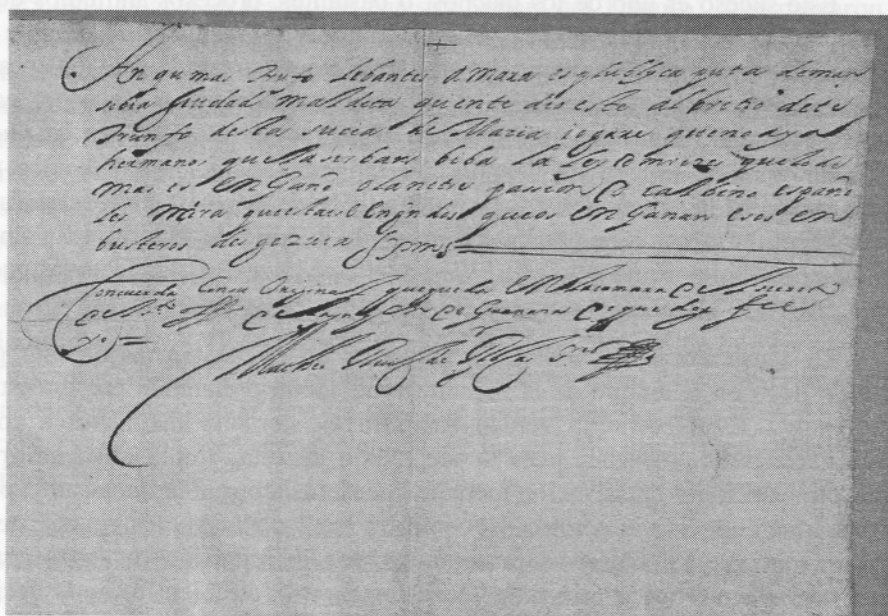


Fig. 3. Copia notarial del libelo infamante contra la virginidad de María y a favor de la ley de Moisés fijado en las casas del cabildo el jueves santo 4 de abril de 1640. AHN, Inquisición, leg. 2628, exp. 26.

que lo demás es engaño o la nitre (*sic*) pasión de Calbino, españoles mira que estáis e eng[a]n[a]dos, que os enganan esos enbusteros desgezuiá synus (*sic*)” [fig. 3]²⁸.

Las averiguaciones efectuadas concluyeron descubriendo al autor del libelo, a la sazón Francisco Alejandro, ermitaño del santuario de Nuestra Señora del Triunfo, que el Ayuntamiento había mandado construir en 1602 para impulsar la devoción mariana. El fraile, en efecto, admitió que “lo escribió y reconoció ser suyo, escrito de su mano y letra, y que le puso con intento de que la ciudad acabase la obra del Triunfo y se aumentase la devocción de la Virgen”²⁹. Pero antes de ello, las primeras sospechas se dirigieron contra los judaizantes portugueses y parece que tan sólo el rey Felipe IV expresó alguna reserva, escribiendo lo que sigue en el margen de una de las consultas que le llegaron sobre dicho asunto: “no creo que nazca de los judíos esto, sino de alguna que por odio suyo lo ha puesto”³⁰.

²⁸ AHN, Inquisición, Leg. 2628, exp. 26; Lib. 535, fol. 217. Esta transcripción presenta algunas variantes respecto a la propuesta por Pulido, Juan Ignacio: “La desatada en devoción...”, *art. cit.*, p. 95, nota 2. Entre corchetes se han reconstruido algunas letras con el fin de facilitar la lectura y comprensión del texto.

²⁹ AHN, Inquisición, Leg. 2628, exp. 55; Pulido, Juan Ignacio: “La fe desatada en devoción...”, *art. cit.*, pp. 100-101.

³⁰ AHN, Inquisición, Libro 535, fol. 215r.

Este suceso es uno de los muchos, o bastantes, procesos antijudíos que se dieron por aquellos años y, en general, durante el reinado de Felipe IV, mayormente por el recrudecimiento del problema converso tras la anexión española de Portugal y la consiguiente huida de numerosos judaizantes de aquel país³¹. Como ha recordado Juan Ignacio Pulido, en el mismo año de 1640, en las puertas de la catedral de Santiago de Compostela también aparecieron colgados unos carteles negando la ley de Cristo y vitoreando la de Moisés, los cuales fueron inmediatamente respondidos por los feligreses de la corte de Madrid³². En fin, del mismo tenor fue el pasquín antijudío “Viva a lei de Moizes”, colgado en las puertas de las iglesias de Santarem el domingo 27 y el lunes 28 de marzo de 1689³³.

La acusación y actuaciones desplegadas en circunstancias de esta guisa entran de lleno en el ámbito de la higienización social pretendida por los estados confesionales. Establecer una verdad religiosa es siempre incompatible con el respeto hacia otras creencias, pues la aceptación de éstas implicaría admitir que existen otras opciones de salvación fuera de la ordenada por la fe impuesta y, por lo tanto, podría conducir a la pérdida del control sobre las almas y las vidas. Este, sin duda, era uno de los objetivos perseguidos por la represión de las escrituras infamantes, al igual que, en un orden complementario, también lo fue la decisión de incluir las traducciones vulgares de la Biblia en el Índice de libros prohibidos de Paulo IV (1558) y, por lo que hace a la monarquía española, en el de Valdés del año siguiente³⁴.

En el terreno de las coincidencias que pueden apreciarse en la movilización social acarreada por la difusión de esta gama de escritos, lo mismo que la ofensa perpetrada por los *graffiti* infamantes de Salamanca fue respondida con otros rótulos que “sirvieron de freno a los juradores”³⁵, la herejía plasmada en el libelo granadino motivó la exhibición pública de otras escrituras de mensaje claramente opuesto destinadas a restaurar el orden; amén, claro está, de las manifestaciones devotas convocadas para que los fieles expresaran su defensa de la fe impuesta frente a quienes la habían agredido. De un lado, las elites granadinas “hicieron una

³¹ Pulido Serrano, Juan Ignacio: *Injurias a Cristo. Religión, política y antijudaísmo en el siglo XVII (Análisis de las corrientes antijudías durante la Edad Moderna)*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, Instituto Internacional de Estudios Sefardíes y Andalusíes-Servicio de Publicaciones, 2002; y *¿Sacrilegios judíos? Análisis de un modelo antisemita*, en: Joan i Tous, Pere y Nottebaum, Heike (eds.): *El olivo y la espada. Estudios sobre el antisemitismo en España (siglos XVI-XX)*, Tübingen, Max Niemeyer Verlag, 2003, pp. 175-194.

³² Pulido Serrano, Juan Ignacio: *¿Sacrilegios judíos?...*, art. cit., pp. 191 y 193.

³³ Instituto dos Arquivos Nacionais/Torre do Tombo, Lisboa, Inquisição de Lisboa, Liv. 258, “Cadernos do Promotor”, fol. 296; Castillo Gómez, Antonio: “*Amanecieron en todas las partes públicas...*”, art. cit., pp. 155 y 176, donde se reproduce.

³⁴ Fragnito, Gigliola: *La Bibbia al rogo. La censura ecclesiastica e i volgarizzamenti della Scrittura (1471-1605)*, Bolonia, Il Mulino, 1997; Fernández López, Sergio: *Lectura y prohibición de la Biblia en lengua vulgar. Defensores y detractores*, León, Universidad de León, 2003; y Fragnito, Gigliola: *Proibito capire. La Chiesa e il volgare nella prima età moderna*, Bolonia, Il Mulino, 2005.

³⁵ Naja, Martín de la: *El misionero perfecto*, op. cit., p. 299.

máscara muy galante en festejo de Nuestra Señora del Triunfo”, que pasearon por toda la ciudad, a la vez que “en las partes públicas iban fijando carteles de madera” que mostraban el “nombre de María con letras de oro en campo azul y en cada una un atributo por escudo”³⁶. De otro, el comisario del Santo Oficio, Gabriel Rodríguez de Escabias, escribió un discurso, difundido por vía impresa, “en defensa de nuestra santa fe católica, por los errores que contra ella se publicaron en esta ciudad”³⁷. Es similar a lo que solía acontecer cuando el daño causado por las coplas deshonestas que se cantaban por las calles se trataba de evitar con la prohibición de las mismas y con el canto de otras más decentes. Pedro de León cuenta del padre Diego de Guzmán que, durante sus misiones por Andalucía a mediados del siglo XVI, le escribió una carta dándole noticia de que en sus visitas a las escuelas de niños con el propósito de instruirles en el catecismo, también les enseñaba “algunas coplitas devotas para que las cantaren por las calles, en lugar de los cantares deshonestos que suelen cantar los que no están bien doctrinados y enseñados en la virtud”³⁸.

El espacio urbano se convirtió, en suma, en el lugar donde se explicitó tanto la infamia como la sanción de ésta y hasta su eventual conjura por medio de otras escrituras dotadas del mismo significado mágico-religioso comúnmente asignado a determinadas oraciones y reliquias escritas³⁹. Y naturalmente en el escenario donde tenía lugar el escarnio público con fines ejemplarizantes y moralizadores, también con el concurso de diversas escrituras expuestas o exhibidas. Recuérdesse que algunos delincuentes solían portar colgado al cuello un cartel con la noticia del delito cometido, como el que tuvo que pasear por las calles de Barcelona Gabriel Monclús, natural de la villa de Maella, después de haber robado el órgano de la iglesia de Santa Caterina⁴⁰. En el mismo terreno de la infamia religiosa en el que nos hemos movido a lo largo de estas páginas, bastaría con señalar las disposiciones eclesiásticas referentes a las tablas de excomulgados y pecadores que debían exponerse en las puertas de las iglesias⁴¹; y, por supuesto, los sambenitos con que cargaban algunos reos inquisitoriales, primero por las calles que conducían al lugar donde se iba a celebrar el correspondiente auto de fe

³⁶ Henríquez de Jorquera, Francisco: *Anales de Granada. Descripción del Reino Ciudad de Granada. Crónica de la Reconquista (1482-1492). Sucesos de los años 1588 a 1646*, facsímil de la edición de Antonio Martín Ocete (1934) con estudio preliminar de Pedro Gan Giménez, Granada, Universidad de Granada-Ayuntamiento de Granada, 1987, vol. II, p. 851.

³⁷ AHN. Inquisición, Leg. 2628, exp. 67, Granada, 10 de julio de 1640.

³⁸ León, Pedro de: *Grandeza y miseria de Andalucía: testimonio de una encrucijada histórica (1578-1618)*, edición, introducción y notas de Pedro Herrera Puga, prólogo de Antonio Domínguez Ortiz, Granada, Facultad de Teología, 1981, p. 179.

³⁹ Marquilha, Rita: “Orientación mágica del texto escrito”, en Castillo Gómez, Antonio (comp.): *Escribir y leer en el siglo de Cervantes*, op. cit., pp. 111-128; y Bouza, Fernando: *Corre manuscrito*, op. cit., pp. 85-108.

⁴⁰ *Barcelona en temps dels Austries. La vida a la ciutat en el Renaixement i el Barroc. 1492-1714*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona, Museu d'Història de la Ciutat, 1996, p. 152, reproducción.

⁴¹ Castillo Gómez, Antonio: *Entre la pluma y la pared*, op. cit., pp. 212-220.

condenatorio y, tras pronunciarse la sentencia, colgados en las iglesias para que la “memoria de la infamia” se perpetuara y transmitiera a las generaciones venideras:

“Manifiesta cosa es que todos los sambenitos de los condenados vivos y difuntos, presentes o ausentes, se ponen en las iglesias donde fueron vecinos y parroquianos al tiempo de la prisión, de su muerte o fuga, y lo mismo se hace en los de los reconciliados, después que han cumplido sus penitencias y se los han quitado, aunque no los hayan tenido más de por el tiempo que estuvieron en el tablado y les fueron leídas sus sentencias, lo cual se guarda inviolablemente y nadie tiene comisión para alterarlo. E siempre se encarga a los Inquisidores que los pongan y renueven señaladamente en los Partidos que visitasen, porque siempre hay memoria de la infamia de los herejes y de su descendencia, en los cuales se ha de poner el tiempo de sus condenados y si fue de Judíos o Moros su delito o de las nuevas herejías de Martín Lutero y sus secuaces”⁴².

* * *

En resumidas cuentas, los testimonios traídos a estas páginas nos advierten de la movilización política, religiosa y social suscitada por la divulgación pública de las ideas u opiniones disconformes con la razón cristiana de Estado. El hecho disidente era motivo sobrado para fundamentar una administración del espacio público cuyo corolario fue la prohibición y consiguiente persecución de aquellos escritos que no contaban con la autorización pertinente y que eran consecuencia de la libre apropiación de la escritura y, en particular, de la ciudad como ámbito de difusión. Los discursos censorios de los siglos XVI y XVII no eran del todo nuevos puesto que pueden rastrearse precedentes en distintas prohibiciones medievales. Respecto a los *graffiti*, las ordenanzas barcelonesas de 1303 prescribían “que ningu non gosi pintar, ni escriure a les tàpies o parets dels carrers o camins, i que tot el qui tingui pintades o escrits en les seves parets o tàpies que les faci treure”⁴³. En cuanto a los pasquines y escritos similares, lo mismo se hizo en Valencia, en los años sesenta y setenta del siglo XV, con relación a los *albarans de commoure* que se fijaron en plazas, esquinas y otros sitios con la voluntad de alterar el orden de la ciudad y del reino⁴⁴. De todos modos, es evidente que a partir del siglo XVI la extensión de la herejía y la consolidación del Santo Oficio como brazo ejecutor de la política racial y religiosa de la monarquía de los Austrias concluyó con un apreciable incremento de los procesos instruidos por la publicación de escrituras infamantes. Según se ha visto, escribir y colocar escritos en las paredes o arrojarlos a la calle no sólo era una actividad prohibida sino que sobre ella podían incluso recaer las penas más severas.

⁴² Instrucciones de don Fernando de Valdés, Madrid a 2 de septiembre de 1561. Cfr. Jiménez Monteserín, Miguel: *Introducción a la Inquisición española*, Madrid, Editora Nacional, 1980, pp. 239-240.

⁴³ Battle i Gallart, Carme y Vinyoles i Vidal, Teresa: *Mirada a la Barcelona medieval des de les finestres gòtiques*, Barcelona, Rafael Dalmau, editor, 2002, p. 17.

⁴⁴ Escartí, Vicent Josep y Borràs, Marc Jesús: “Albarans de commoure” a la València del segle XV. Sobre el usos públics i criminals de l'escriptura, en Antoni Ferrando y Albert G. Hauf (eds.): *Miscelània Joan Fuster. Estudis de llengua i literatura*, IV, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1991, pp. 75-96.